



# SECCION DE ANUNCIOS.

## TELEGRAFOS.

### ACADEMIA ESPECIAL PREPARATORIA

DIRIGIDA POR

**D. RAFAEL PALET DE VILLAVA,**

DIRECTOR DE SECCION DEL CUERPO.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1878.

DIRECTOR DE MARZO DE 1879.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1879.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1879.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1879.

DIRECTOR DE ENERO DE 1880.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1880.

DIRECTOR DE MARZO DE 1880.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1880.

DIRECTOR DE MAYO DE 1880.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1880.

DIRECTOR DE JULIO DE 1880.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1880.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1880.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1880.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1880.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1880.

DIRECTOR DE ENERO DE 1881.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1881.

DIRECTOR DE MARZO DE 1881.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1881.

DIRECTOR DE MAYO DE 1881.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1881.

DIRECTOR DE JULIO DE 1881.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1881.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1881.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1881.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1881.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1881.

DIRECTOR DE ENERO DE 1882.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1882.

DIRECTOR DE MARZO DE 1882.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1882.

DIRECTOR DE MAYO DE 1882.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1882.

DIRECTOR DE JULIO DE 1882.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1882.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1882.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1882.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1882.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1882.

DIRECTOR DE ENERO DE 1883.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1883.

DIRECTOR DE MARZO DE 1883.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1883.

DIRECTOR DE MAYO DE 1883.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1883.

DIRECTOR DE JULIO DE 1883.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1883.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1883.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1883.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1883.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1883.

DIRECTOR DE ENERO DE 1884.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1884.

DIRECTOR DE MARZO DE 1884.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1884.

DIRECTOR DE MAYO DE 1884.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1884.

DIRECTOR DE JULIO DE 1884.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1884.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1884.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1884.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1884.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1884.

DIRECTOR DE ENERO DE 1885.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1885.

DIRECTOR DE MARZO DE 1885.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1885.

DIRECTOR DE MAYO DE 1885.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1885.

DIRECTOR DE JULIO DE 1885.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1885.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1885.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1885.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1885.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1885.

DIRECTOR DE ENERO DE 1886.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1886.

DIRECTOR DE MARZO DE 1886.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1886.

DIRECTOR DE MAYO DE 1886.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1886.

DIRECTOR DE JULIO DE 1886.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1886.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1886.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1886.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1886.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1886.

DIRECTOR DE ENERO DE 1887.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1887.

DIRECTOR DE MARZO DE 1887.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1887.

DIRECTOR DE MAYO DE 1887.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1887.

DIRECTOR DE JULIO DE 1887.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1887.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1887.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1887.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1887.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1887.

DIRECTOR DE ENERO DE 1888.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1888.

DIRECTOR DE MARZO DE 1888.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1888.

DIRECTOR DE MAYO DE 1888.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1888.

DIRECTOR DE JULIO DE 1888.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1888.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1888.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1888.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1888.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1888.

DIRECTOR DE ENERO DE 1889.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1889.

DIRECTOR DE MARZO DE 1889.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1889.

DIRECTOR DE MAYO DE 1889.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1889.

DIRECTOR DE JULIO DE 1889.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1889.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1889.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1889.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1889.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1889.

DIRECTOR DE ENERO DE 1890.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1890.

DIRECTOR DE MARZO DE 1890.

DIRECTOR DE ABRIL DE 1890.

DIRECTOR DE MAYO DE 1890.

DIRECTOR DE JUNIO DE 1890.

DIRECTOR DE JULIO DE 1890.

DIRECTOR DE AGOSTO DE 1890.

DIRECTOR DE SEPTIEMBRE DE 1890.

DIRECTOR DE OCTUBRE DE 1890.

DIRECTOR DE NOVIEMBRE DE 1890.

DIRECTOR DE DICIEMBRE DE 1890.

DIRECTOR DE ENERO DE 1891.

DIRECTOR DE FEBRERO DE 1891.

DIRECTOR DE MARZO DE 1891.

&lt;p style

# LOS DOMINGOS DE EL SERPIS.

ALCOY 27 de Octubre de 1878.  
LA SEMANA

Y los días sucediéndose sin interrupción uno tras otro, desaparecen y se cuelan por las intrincadas, laberínticas y oscuras fauces de su barroco y secular papa. A los días de color de rosa, brillantes, alegres y placenteros, acompañan los días tristes y sombríos, a los templados y serenos días de la florida primavera y el granado otoño siguen los insoportables y pesados del atendido invierno.

También las ilusiones pasan con el tiempo, y caen marchitas y secas, como las hojas arrancadas de los árboles por las primeras heladas, que el ciervo arremolina y arranca; y lo que es peor, con las ilusiones se van la juventud y la belleza; las frescas y aterciopeladas mejillas y las turgescentes formas de las hermosas se tragan en arrugados y amarillentos pergaminos y en angulosos costales de huesos, y los brillantes y retorcidos bigotes primizos de los adolescentes se tornan fústiles estropillas con todos los colores del arco iris.

Mucho se pierde; en cambio aumenta la experiencia, la razón se asienta, adquiere firmeza y limpia de hecho la confusión y la impureza de la realidad. Y de la tierra cuando el terrible viajero, el de los dientes largos, como se dice vulgarmente entre nosotros, llamando a nuestras puertas, nos obliga a marchar con él en busca de lo desconocido de ese mundo ignorado, la única verdad de la existencia. Dicho es el que se marcha con los pañuelos limpios y en regla y los bolsillos llenos de buenas y eficaces cartas de recomendación.

Todo, todo pasa! Quedan visiones fantasmagóricas, fugaces y celestiales, vamos pasando por la escena de este pequeño rincón del Universo, llamado Tierra, como comparsas sin importancia del gigantesco drama de la vida y con nosotros pasan nuestras felicidades, nuestras amistades, nuestros afectos, nuestras alegrías, y hasta los recuerdos que son como la repetición y vibración del sonido de las campanas, el último suspiro de lo que fué; el postre estéril de la agonía.

Más veo que insensiblemente me voy deslizando por una pendiente extraña a mi carácter y propósitos. Se me licito sin embargo alguna vez andarme por las ramas y meterme en filosofías y sentimentalismos, que en la variedad está el gusto, según afirman por ahí, aunque, a decir verdad, no será yo ciertamente el que se atreve a defender semejante axioma, pues conozco a muchos (demasiados por desgracia) que están toda su vida haciendo lo mismo sin variar un ápice y jamás les he oido lamentarse de tal monotonía:

diganlo si no la inmensa mayoría de los madrileños condonados

á cocido y garbanzos perpetuos.

Pero voy notando que, apesar de mis propósitos, de todo hablo menos de la feria que es mi objeto y hora es ya de que diga algo de ella, pues el espacio es corto y la tela larga, como puedo decir parodiando a Hipócrates.

No que yo de decir de la feria? Que pasó y que de ella sólo queda decir con Rioja, sol en su nacimiento: «Estos, Fabio, jay solos que ves ahora Campos de soledad, muerto collado, Fueron un tiempo Itálica famosa.»

Cuatro maderos colocados en fila y alargados con la menor cantidad de gusto artístico posible, formando indescriptibles báraciones, fués y destrozados es lo único que de la feria ha quedado, para martirio de los nervios de todo aquél que abraza en su seno un asomo siquiera de sentimiento estético.

En cambio, cuantos recuerdos

en el pasado. Aquellas tardes animizadas por la presencia de tantas lindas pollas, como acudían

a visitar las bien surtidas tiendas de los feriantes; aquellas noches, no siempre serenas, alumbradas por los fulgidos de ellos

de tantos radiantes y enloquecedores ojos; aquellas dulces palabras suavemente deslizadas en el susurro oido y cuidadosamente guardadas en lo profundo del amanecer pecho; aquellas tiernas miradas lanzadas al paso entre los estrechos de la bulliciosa inabrumable; aquellos suspiros maternos, risos, aquellas risibajas, aquello

estris y deliques eróticos; todo

quedó informe y vacío en la mente

como restos de un sueño tan no

destrozado, que ya perdiéndose a

medio que el tiempo pasa. Por

que no habrá existir un Josué

ejerno encargado de detener el

curso del tiempo y prolongar las

horas del placer y de la dicha.

No quiero hablar más de la feria. Pues la verdad me entra en la conciencia de pensar en el bien perdido.

El señor Arzobispo se marchó dejando sus sueldos y la comisión de su maestro Municipio que había pasado él a Madrid para inaugurar la reforma de la Fabrica de los Paños de nuestra ciudad, regreso trayéndonos otra bendición obsequio de su munificencia.

La concesión se ha logrado.

El Invierno que abría ya sus en

fríos y helados brazos para ahogar contra su pecho a tantos infelices como

se encuentran sin trabajo, víctimas

de la miseria, se retiró derrotado.

Y a tienen las madres de familia

que ganan el sustento de sus

pequeñuelos; y a postrán acallar con

un pedazo de pan el desesperado

llanto de su hambrienta familia,

y ya en fin podrán comprar

el anoso tronco que ardiendo en

el hogar paciente la malabrigada

y pobre resistencia. Y así con

Agradecimiento y loora esa Co-

misión, que tan bien y tan a sa-

tisfacción ha desempeñado su co-

mejido, obsequios más o menos

El viernes se observó a los

Sres. Villalonga y Barceló, que

la han compuesto, con fina se-

reñata, y bien merecida la tienen;

sí bien esto solo es en mi po-

bre concepto, ligero muestra del

reconocimiento de todos los ale-

yanos, que ninguno creyó que ha-

brá que no se alegre y regocije

de la instalación de la Fabri-

ca. Pocas veces habrá sonado la

musica con mayor motivo.

Ahora solo falta que se mon-

te pronto y encuentren colocacion,

cuanto antes, tantas obreras como

están padeciendo por falta de tra-

bajo. Que no se burle el Invier-

nio de nosotros que nos quedamos

en casa a vivir y trabajar.

EL TRENO DE LA VIDA

GRANDEZA

EL TREN DE LA VIDA

GRANDEZA

&lt;

empresa nada más, y después sirve los intereses de dos empresas mancomunadas.

Entró en la estación llamada *Vicaría*, y cambia de rumbo. Averno es un aero, el hombre casado es infeliz ántes, en, y después del matrimonio, porque su condición humana no le exime del peso fatal de la desgracia que sobre el gravita, como no le quita la virilidad una sola de las penas que tragan juntas á su deleznable constitución.

Llegar á la vejez, esto es el tormento de los termentos, el dolor de los dolores. La impotencia por ley, la debilidad por recurso, las sombras de la nada por horizonte, tales son sus angustias.

El desprecio de los extraños, el abandono de los propios, tales son sus atracciones. Estorban los viejos, entorpecen, incomodan y en la industria interfieren.

El alma, que es el maquinista, se cansa de dirigir. El fogueo, que es el sentimiento, está entumecido por el frío, y apenas si latiza el fuego. Las palancas se paran, los tornillos se aflojan, los tubos se atascan, das ruedas dentadas se embocean. El oísmo

La vida se acerca al punto de destino; llega, y se descompone.

Cada año que pasan nos aproxima la muerte.

El almanaque hace entre nosotros el papel que los cartujos hacen entre sí. Cuando dos de ellos se encontraban, y se encuentran aún, porque aún los hay, —no hablaban más que esto:— Morir tenemos. —Y a lo sabemos.

Cuando un almanaque nuevo cae en nuestras manos, nos dice á su vez: —ya sabes que has de morir. Acabas de dejar atrás una estación, tienes un año menos de vida.

Un año menos de vida es un año más de edad; lo mismo que un duro más de gasto es un duro menos de capital.

Como no se puede contar por los años que faltan, por vivir se cuenta por los vividos.

El viajero en falso carril sabe por el horario cuándo llegará, pero no sabe lo mismo que el hombre sabe por la experiencia que con la vejez viene la muerte.

Lo que no puede el viajero asegurar es si llegarán como no puede el hombre asegurar, aunque lo espere,

si las causas enfriarán su cabezas, y los años su corazón.

En esta terrible alternativa, colocado el hombre entre la vida que tiene y la muerte que le aguarda, entre la certidumbre del presente y la incertidumbre del porvenir, agujado por los accidentes filosóficos de que cada fin de año viene erizado, puesto á discurrir sobre trascendentales problemas en las horas solemnes en que cada año se hunden en la eternidad para nunca más volver, qué partido debe tomar el hombre que se respeta, conocé el terreno que pisa, y sabe par donde anda.

La solución en los próximos renglones, y al final comienza también el fin.

Lo mejor que podemos hacer es dejar rodar la bolilla, por seguir la imagen empleada, dejar que el tren siga su curso,

Que ya por buen terreno, pues aprovechamos la ocasión para recrearnos en la contemplación de las gracias de la hermosa Naturaleza. Que va por abruptos, áridos sitios, á la vista de pantanos cenagosos, y montañas peladas, puestanada más conforme á las leyes de la Estética, que mirar á la buena moza, á la guapachica que viaje en nuestra compañía, si es que tenemos esa suerte.

Que hace calor, pues sacamos la cabeza por la ventanilla y tomamos el aire. Que hace frío, pues se arrebuja en su manta, el que la tenga, y el que no la tiene se emboza en sí mismo.

Los túneles en la vía son como las pasiones en la vida. Se pierde la luz natural como se pierde la luz de la razón, viéndose aquella reemplazada por los siniestros fulgores del petró-

leo así como ésta se sustituye por los temibles relampagueos del instinto.

Se penetra en lo desconocido, caminando al fragor de la materia sachida violentamente, por entre tinieblas pavosas al zorro obviando.

No hay mas que una salida, á la que se va recta, ciega, fatalmente.

Cuando han logrado volver al aire libre, á la claridad, al ancho espacio, el tren lo mismo que el hombre se regocijan de haber escapado con bien de un peligro.

Vayamos, por lo tanto, con pies de plomo en esto de los túneles y de las pasiones, si queremos conservar el pellejo.

No nos apresuremos á vivir, que la muerte llegará bastante á tiempo, de seguro, por mucho que vivamos, antes que nosotros la llamemos, si es que no estamos dejados de la mano de Dios.

Cuando corre, regocijémonos porque corre el tren; cuando va despacio, alegrémonos de su parsimonia; cuando entra en un término medio, digamos que en el medio consiste la virtud.

Si llega el caso de combinarse, se combina uno y sanse acabó. Que sale mal. —¿Qué remedio tiene! —Que sale bien. —Tal dia hizo un año! —Que va todo por lo mediano. —Paciencia y barajar.

Si se muere alguno de los que nos acompañan en la jornada, sei le llora; este mundo no es más que un valle de lágrimas. Si el llanto no acude á nuestros ojos, nos callamos y ponemos una gasa en el sombrero, por el buen parecer.

Los duelos comienzan con menos.

A rey muerto rey pírestoi. —Cuan lo llega la hora de tomar un bocado se desocupan las alfertas, y cada cual se despacha á su gusto. Luego, se empina la bota al frasco (siempre habrá clases) y se echa un trago para que sienta bien la comida.

El que no puede hacerlo, por miseria ó por enfermedad, se aguanta y dice:

—Caramba! que qué buena gana tomaría yo un piscolabis.

En la seguridad de que ya le llegará su dia, pues, como dijo Confucio, á cada persona le llega su San Martín.

Nadie debe renegar de su suerte. Los que van en primera, piensen que otros van en segunda. Los de segunda acúrdense de los de tercera, y estos sepan que

Cada clase tiene sus ventajas. En primera, hay más de comodidades; en segunda, más libertad; en tercera, mayor franqueza y alegría que en las otras dos clases.

Si alguno se apea pronto, se dice: —Y si se descarrila, que también se den casos, ó se despeña el tren por un abismo, quedéndose el triste consuelo de saber que dentro de cien años todos calvos, y que nadie ha de quedar aquí para simiente de rabanos.

Si alguien se apea pronto, se dice: —Y si se descarrila, que también se den casos, ó se despeña el tren por un abismo, quedéndose el triste consuelo de saber que dentro de cien años todos calvos, y que nadie ha de quedar aquí para simiente de rabanos.

Precedemos de muy poca cosa, vamos por una realidad que toma el aspecto de lo ilusorio, y daremos en la nada. El pasado, el presente y el porvenir, en resumidas cuentas, son tres momentos que se atropellan y confunden hasta el punto de formar uno solo.

El minuto que viene entra ya en la categoría del presente cuando pienso en él; y se pierde en lo pasado cuando me apercibo á gozarle.

Total, no hay antes, ahora, ni después: ayer, hoy, ni mañana: pasado, presente, ni futuro. No hay más que lo que sea; ni más cerca que la que arde, en este picaro mundo.

Por lo tanto, no hemos de devanarnos los sesos con entes de razón, de lirios de chirumen corto, ni utopías de soñadores.

Vivamos contentos y gordos; toman-

do los tiempos segun vienen, y considerando que el que más pone pierde más.

Después, ya nos lo dirán de misas.

**Nota importante.** Y cuando pasen rábanos comprárlas.

**Mojá y Bolívar.**

**MADRID.**

Sin duda tanta regulalidad como los astrónomos que predicen la aparición de cometas y el fenómeno de los eclipses, con alguna exactitud por lo menos pueden pronosticarse los idóntures de las cigarretas.

Raro es el año que no tengamos uno; y el dia que los aficionados de almanaque caigan en la cuenta, lo anunciarán en alguno de los doce meses á la manera que profetizan lluvias, vientos escarcha ó nieve.

El fumador preavido se proveerá de tabaco para dicho dia, el gobierno tomará disposiciones militares, y las autoridades todas limpiarán su fajín y desenfundarán su vara de mando, á fin de interponerse de una manera digna entre la desenfadada gracia de las amotinadas.

Sin el alboroto anual á las cigarretas les faltaría algo; aquello es un complemento de su vida sencillísima. Son cigarretas durante 363 días; y en las jornadas 364 y 365 nos hacen acordar de que además de cigarretas son mujeres. Es decir, mujeres de rompe y rasga, mujeres de brio, que manejan las tijeras como si fueran dóliles espadas, capaces de arrastrar á algún administrador de tirar por la ventana á tal ó cual autoridad que se les ponga de por medio; y saldrán alborotadamente por las calles de la Capital en demanda de justicia.

Sofocar una rebelión de mujeres es cosa difícil. Algunas veces se ha dado el caso de tener que llevar algún piquete de tropa á la rancia de cigarretas. Los soldados han salido del cuartel con una marcialidad igual á la que tendrían si corrieran á conquistar una fortaleza enemiga. Pero, a medida que se han ido acercando á la calle de Embajadores, las compañías se han encendido en rebaños de joyejas.

Los fuegos del enemigo han enervado su empuje. Las cigarretas, por lo general, son buenas mozas, tienen ese tipo peculiar del bajo pueblo de Madrid, rudo, avasallador, casi selvático. Parecen señas de los tiempos primitivos: sus amores son violentos, sus pasiones desenfrenadas, su alma celestial y divulgica al mismo tiempo, como la de Luzbel, momentos antes de consumar su rebeldía, sus ojos grandes despiden chispas, su tez morena trae á la imaginación reminiscencias de leonas africanas, y su modo de hablar, su gramática especial, sus dichos, sus modismos, nos hacen pensar en las novelas picarescas de nuestros autores antiguos.

Ahora bien, la ordenanza militar se ha olvidado de señalizar á los individuos del ejército esta clase de enemigos. El soldado, ante adversarios de tal naturaleza se descompone, se derrite, y mas bien que balas le dirige hiladas de pestífero veneno a algunos kilómetros de distancia de la corte.

Por esto nuestra personalidad subsiste tan entera, que el gobierno no se ha decidido ya á exigirnos las cédulas personales que empezarán á repartirse desde principios del mes que viene.

Si nos hubiésemos apresurado un poco, quizás hubieramos podido avenciar en Madrid á un hueso ped. ilustre que ha estado unos días entre nosotros. Pero el general Grant, ex presidente de los Estados Unidos, ha pasado para Lisboa, desde donde pasará á Andalucía. Era natural, un inglés ó un norteamericano que viene á España no pueda prescindir de visitar las provincias andaluzas.

El bello ideal del extranjero en nuestra tierra consiste en ponerse un sombrero calado y en esperar que en el puerto de Cádiz ó en el barrio de Triana se la presente ocasión de decir á una andaluza de garbo sin igual despies de gacela y de ojos de fuego estas palabras: «Ole, salero! Viva la gracia!»

Al final del chapón iba el general Grant, ex presidente de los Estados Unidos, ha pasado para Lisboa, desde donde pasará á Andalucía. Era natural, un inglés ó un norteamericano que viene á España no pueda prescindir de visitar las provincias andaluzas.

Regla general: las cigarretas han triunfado siempre. El carácter español es galante por naturaleza. Aquí donde á veces convertimos en quince días á una criada de servir en señora de alto copete, aquí donde la urbanidad prescribe que nos pongamos á los pies de las mujeres, no es de extrañar que

público, ejército, autoridades, gobierno, hayan transigido con el motín, devolviéndole á las pitilleras todos sus fueros, garantías, preeminentias y privilegios.

La fábrica de cigarros es una

especie de colossal juguete al qual se le da cuerda, y en un momento dado del año dejalo oír su estrepitosa gritería. No es la atmósfera, ni la luna, ni otro signo celeste alguno lo que determina la colisión femenil, no; por lo general las cigarretas se sublevan siempre contra algún adelanto de la industria. El chulo, por cuyos pedazos se muere podrá haber sido un Epaminondas de barda, ni etá misma dentro de su casa podrá haberse mirado al espejo, su graciosa cabeza cubierta de gorro frío, pero la cigarrera, en la fábrica, es reaccionaria: las máquinas de hacer cigarros con gran rapidez son para ella un aterrador fantasma.

En la semana pasada sensiblemente contra el papel era mejor para los fumadores; pero ellas no lo podían manejar con la presencia apetecida.

Una pitillera audaz dio voz de guerra, y en un instante el pavimento de la sala vióse cubierto de finísimos despojos. El papel quedaba destrozado, y por todo Madrid circuló la noticia de que las cigarretas nos estaban pagando el alboroto que nos debían.

Como de costumbre, acudieron las autoridades, el gobernador

los arregló, el alcalde primero les dirigió extortaciones, los agentes de orden público iniciaron esfuerzos milagrosos para calmar aquel desordenado gallinero, y por fin, como era de esperar, las cigarretas se apaciguaron.

Hoy por hoy, todavía los pitilleros estallan ruidosamente como si fueran cartuchos de pólvora; pero no es la culpa de las graciosas confecciónadoras, no; la culpa es del tabaco infernal con que parece que el ministro de Hacienda ó sus delegados se han propuesto envenenar nuestro cerebro.

Acabamos de fumar un cigarro y quedamos casi dispuestos para ingresar en la necrópolis del porvenir, que tanto que hacer está dandolo al Ayuntamiento.

La necrópolis se ha echado á volar por esos mundos de Dios y nadie la encuentra. Después de meter inmenso ruido con ella durante mucho tiempo, al adorlar resulta que el expediente está vacío, sin planos, sin tripas, sin soladura de lo que debe acompañar á un expediente honrado y de su caso.

resulta además que no tenemos tegumento adquirido, que no tenemos dientes, que no podemos morirnos hasta que el gran cementerio no despidase pestífero veneno a algunos kilómetros de distancia de la corte.

Por esto nuestra personalidad subsiste tan entera, que el gobierno no se ha decidido ya á exigirnos las cédulas personales que empezarán á repartirse desde principios del mes que viene.

Si nos hubiésemos apresurado un poco, quizás hubieramos podido avenciar en Madrid á un hueso ped. ilustre que ha estado unos días entre nosotros. Pero el general

Grant, ex presidente de los Estados Unidos, ha pasado para Lisboa, desde donde pasará á Andalucía. Era natural, un inglés ó un norteamericano que viene á España no pueda prescindir de visitar las provincias andaluzas.

El bello ideal del extranjero en nuestra tierra consiste en ponerse un sombrero calado y en esperar que en el puerto de Cádiz ó en el barrio de Triana se la presente ocasión de decir á una andaluza de garbo sin igual despies de gacela y de ojos de fuego estas palabras: «Ole, salero! Viva la gracia!

Al final del chapón iba el general Grant, ex presidente de los Estados Unidos, ha pasado para Lisboa, desde donde pasará á Andalucía. Era natural, un inglés ó un norteamericano que viene á España no pueda prescindir de visitar las provincias andaluzas.

Regla general: las cigarretas han triunfado siempre. El carácter español es galante por naturaleza. Aquí donde á veces convertimos en quince días á una criada de servir en señora de alto copete, aquí donde la urbanidad prescribe que nos pongamos á los pies de las mujeres, no es de extrañar que

público, ejército, autoridades, gobierno, hayan transigido con el motín, devolviéndole á las pitilleras todos sus fueros, garantías, preeminentias y privilegios.

La fábrica de cigarros es una

especie de colossal juguete al qual se le da cuerda, y en un momento dado del año dejalo oír su estrepitosa gritería. No es la atmósfera, ni la luna, ni otro signo celeste alguno lo que determina la colisión femenil, no; por lo general las cigarretas se sublevan siempre contra algún adelanto de la industria. El chulo, por cuyos pedazos se muere podrá haber sido un Epaminondas de barda, ni etá misma dentro de su casa podrá haberse mirado al espejo, su graciosa cabeza cubierta de gorro frío, pero la cigarrera, en la fábrica, es reaccionaria: las máquinas de hacer cigarros con gran rapidez son para ella un aterrador fantasma.

En la semana pasada sensiblemente contra el papel era mejor para los fumadores; pero ellas no lo podían manejar con la presencia apetecida.

Una pitillera audaz dio voz de guerra, y en un instante el pavimento de la sala vióse cubierto de finísimos despojos. El papel quedaba destrozado, y por todo Madrid circuló la noticia de que las cigarretas nos estaban pagando el alboroto que nos debían.

Como de costumbre, acudieron las autoridades, el gobernador

los arregló, el alcalde primero les dirigió extortaciones, los agentes de orden público iniciaron esfuerzos milagrosos para calmar aquel desordenado gallinero, y por fin, como era de esperar, las cigarretas se apaciguaron.

Hoy por hoy, todavía los pitilleros estallan ruidosamente como si fueran cartuchos de pólvora; pero no es la culpa de las graciosas confecciónadoras, no; la culpa es del tabaco infernal con que parece que el ministro de Hacienda ó sus delegados se han propuesto envenenar nuestro cerebro.

Acabamos de fumar un cigarro y quedamos casi dispuestos para ingresar en la necrópolis del porvenir, que tanto que hacer está dandolo al Ayuntamiento.

La necrópolis se ha echado á volar por esos mundos de Dios y nadie la encuentra. Después de meter inmenso ruido con ella durante mucho tiempo, al adorlar resulta que el expediente está vacío, sin planos, sin tripas, sin soladura de lo que debe acompañar á un expediente honrado y de su caso.